

CAPITULO IV

La lengua española en América

Las diferencias entre el español de América y el castellano no son tan grandes que impidan la comunicación. España e Hispanoamérica constituyen una comunidad lingüística.

Esas diferencias no son, sin embargo, tan pequeñas que hagan innecesario un estudio especializado de las peculiaridades lingüísticas hispanoamericanas. En lo que se refiere a la pronunciación, al vocabulario y, sobre todo, a la forma interna, se presentan fenómenos que, sin una consideración particular no pueden entenderse y en muchos casos ni siquiera advierten.

Amado Alonso, en el tomo dedicado a *Temas Hispanoamericanos* de sus admirables *Estudios Lingüísticos*, destruyendo prejuicios muy difundidos, aclara importantes cuestiones relativas a la base lingüística del español de América y a los efectos que sobre ella tuvieron las experiencias de la conquista y colonización del nuevo continente. Nos conviene recordar aquí esas aclaraciones.

La base lingüística del español de América fue la nivelación efectuada por los expedicionarios durante todo el siglo XVI. En esa nivelación lingüística, le tocó al castellano la función dominante y ordenadora porque era política, social y literalmente la más prestigiosa, la única que todos estaban dispuestos a aceptar y porque se encontraba en proceso de convertirse en lengua nacional. Ferdinand de Saussure distingue entre “*esprit de clocher*” e “*intercourse*”¹³⁷, refiriéndose con estos términos a dos tendencias lingüísticas, la tendencia al uso local y la tendencia al uso general respectivamente; la primera lleva a la fragmentación indefinida en dialectos y subdialectos, la segunda lleva a la formación de las lenguas nacionales por imposición progresiva mediante *nivelaciones* orientadas por el habla de una región directriz. Basándose en esa distinción, Amado Alonso equipado con informaciones precisas y dueño de un gran sentido histórico y psicológico, demuestra que en España predominaba para entonces el “*intercourse*” dirigido por el habla del Castilla y que esa tendencia fue fortificada por la obligada convivencia de expedicionarios procedentes de todas las regiones del país. Ve, además en esa nivelación una de las causas principales de que Hispanoamérica no se haya fragmentado en dialectos y constituya hasta hoy una comunidad lingüística¹³⁸.

El robustecimiento de esa base fue asegurado por las sucesivas oleadas de expedicionarios, como lo demuestra el “*hecho estupendo*” de que el castellano general (es decir, el *español*, como desde entonces se llama) cumpliera en América también la grave evolución fonética cumplida en España de 1550 a 1630, en contraste con el judeo-español que siguió otros rumbos¹³⁹.

Una de las características del español de América, en cuanto al vocabulario, es el muy difundido uso de *marinerismo*, es decir, términos de marinería con significación ya no marinera, adaptados a objetos y actividades terrestres. Es comprensible que, en un imperio talatocrático como fue el español, se desarrollara poderosamente en los barcos la jerga profesional de los navegantes. Es comprensible también que, durante la permanencia

¹³⁷ Ferdinand de Saussure, *Cours de Linguistique Générale*, 2ª ed., París, 1922, p.281 y ss.

¹³⁸ Amado Alonso, *Estudios Lingüísticos*, *Temas hispanoamericanos*, Edit. Gredos, Madrid, 1953, pp 7-62.

¹³⁹ *Ibid.*, pp 56 y 60.

forzada en los barcos (por lo menos cuarenta días se gastaban en la travesía del Atlántico), los expedicionarios fuesen impresionados vivamente por esa jerga¹⁴⁰. Si se considera además que el tránsito entre las colonias se hacía sobre todo por vía marítima o fluvial, la difusión de los marinerismos por toda Hispanoamérica resulta igualmente comprensible. Veamos algunos: farellón (roca alta y tajada), bordo (elevación del terreno no rocoso), travesía (región vasta, desierta y sin agua), plan (fondo de un barranco), garúa (llovizna), rancho (vivienda rústica, cobertizo o estancia), tajamar (una clase de represa), playa (espacio llano sin vegetación), arribar (llegar por tierra a cualquier paraje), embarcar (en el tren), botar (arrojar, tirar), flete (precio de cualquier transporte, caballo corredor), zuncho (abrazaderas de barricas), costa (faja de terreno que se extiende al pie de las sierras), ensenada (corral que se hace al abrigo de un rincón de la *costa*), mazamorra (maíz pelado, machacado, y cocido con agua o leche), cabo (cuerda), atracar (arrimar el carruaje a la acera)¹⁴¹.

Cuando los expedicionarios llegaban al mundo mundo, se encontraban con un paisaje geográfico y humano muy diferente del que estaban acostumbrados a ver en su país natal. Era necesario dar nombre a las nuevas formas vegetales, animales y culturales. Los colonizadores resolvieron este problema de dos maneras:

Pusieron nombres viejos a cosas nuevas no sólo como “compromiso o conjunción de los viejos hábitos tradicionales y de las nuevas experiencias americanas”, sino también como “una forma de plasmar y fijar sus propias experiencias”¹⁴².

Llamaron a un pequeño marsupial sudamericano *raposa* o *comadreja* porque roba y come pollitos, huevos y pájaros; a una gallinácea mejicana (guajalote) *gallina de la tierra* y después *pavo*; en base a parecidos que imponen grandes esfuerzos a nuestra imaginación, llamaron a nuevas especies zoológicas *cernícalo*, *codorniz*, *ruiseñor*, *gallinaza*, *gorrión*, *jilguero*. Quien busque en América los árboles, arbustos y frutos que en España se llaman *castaño*, *espino*, *laurel*, *membrillo*, *nogal*, *níspero*, *piña*, *ciruela*, *madroño*... puede llevarse grandes sorpresas, pues las mismas palabras designan otras cosas. Si un traductor de un texto que se refiera a las regiones tropicales de América, tradujera al alemán la palabra *invierno* como *Winter* cometería un grave error, ya que esa palabra en ese contexto no designa la estación de las nieves sino el período lluvioso (*Regenperiode* en alemán). La palabra *páramo* (terreno desierto y sin vegetación) se usa en América para designar ciertas elevaciones de la cordillera de los Andes, cuya representación se asocia a las ideas de humedad y frío¹⁴³.

¹⁴⁰ Amado Alonso, en la obra citada, pp.63-66, transcribe un documento graciosísimo al par que instructivo y revelador, para ilustrar la influencia que la vida y la jerga de los barcos ejercía sobre los pasajeros, se trata de una de las “Cartas de Eugenio de Salazar”, vecino y natural de Madrid, escritas a muy particulares amigos suyos”, Madrid 1866, pp.39 y 40-43. El autor de la carta, refiriéndose a la jerga, declara al final dramáticamente: “Ya no es de mi mano dejar de hablar esta lengua”.

¹⁴¹ Para nuestros fines bastan estos ejemplos de Amado Alonso, op. cit., pp. 66 y 67. Al lector interesado en profundizar el tema, recordamos las siguientes obras: Rufino José Cuervo: *Apuntaciones, críticas sobre el Lenguaje Bogotano*, Bogotá, 1867; M. L. Wagner, *Amerikanisch, Spanisch und Vulgärlatein*, Zeitschrift für römische Philologie, XL, 1920; Pedro Henríquez Ureña, *Observaciones sobre el Español de América*, Revista de Filología Española, VIII, 1921, XVII, 1930 y XVIII, 1931; Berta E. Vidal de Battini, *Voces Marinas en el Habla Rural de San Luis*, Buenos Aires, Filología I, p. 105 y ss.; este último trabajo es calificado por Amado Alonso como el “el más abundante y documentado”.

¹⁴² A. Alonso, op. cit., p. 68.

¹⁴³ A los ejemplos de A. Alonso, op.cit., p. 68, hemos agregado otros de Rafael Lapesa, *Historia de la Lengua Española*, 3ª ed., Madrid, 1955, p. 331, y de William Entwistle, *The Spanish Language*, new York, 1942, p. 263 y ss.

En todos estos casos hablaría Wolfgang Pollak de “faux amis” como los que encontró en su valioso estudio comparado de los vocabularios francés y alemán¹⁴⁴.

Queremos decir, en defensa de los colonizadores españoles con respecto al difícil parecido que los guió en su trabajo bautismal, que es una tendencia universalmente humana la de tratar de entender y nombrar lo desconocido y nuevo a partir de lo conocido y familiar¹⁴⁵. Además, el parecido no tiene que ser exclusivamente visual: el hipopótamo (caballo de río) no se confunde visualmente con un caballo, pero emite un grito muy parecido al relincho; de ahí su nombre.

Incorporaron al español abundantes voces indígenas. Nos apartamos de Amado Alonso, quien no se detiene en este punto, con el objeto de dar ejemplos.

Lucayo, el intérprete de Cristóbal Colón, era natural de Guanahaní; hablaba por lo tanto *arawak*. De esa lengua tomaron los españoles las primeras palabras indígenas¹⁴⁶. Pero aquí surge una dificultad; los arawaks, pobladores de las Antillas Menores procedentes de Sudamérica, habían sido dominados por los caribes antes de la llegada de los españoles; los caribes expulsaron o mataron a los hombres y se apoderaron de las mujeres; el resultado fue que los adultos de sexo masculino hablaban caribe, las mujeres y los niños hablaban arawak¹⁴⁷. Permanece pues, una duda con respecto a los indigenismos procedentes de las Antillas. El más antiguo es *canoa*, anotada por Nebrija, y que pronto se difundió a ambos lados del Atlántico. Luego *piragua*, una canoa de fabricación más complicada. La palabra *cacique*, de la cual se derivó más tarde *caciquismo*, procede del sencillo sistema político antillano y, adoptada por los españoles, suplantó en el Perú a la palabra quechua *curaca*. Lo mismo ocurrió con *maíz*, que suplantó a las voces de igual significado en toda América, por ejemplo, a *zara* en el Perú. El nombre de la choza arawak *bohío* (también *boio*, *boyo*, *bochio*, *buío*, *bujío*, *buhijo*, *boa*) se extendió a todas las chozas de todos los indios, mientras *caney* (bohío de techo cónico) se usa hoy en día en las regiones pecuaris de Venezuela para designar una amplia construcción abierta sin paredes ni divisiones. Otros indigenismos de origen antillano (arawak o caribe?): *huracán maguey*, *sabana*, *ceiba*, *henequén*, *guacamayo*, *nigua*, *batata*, *barbacoa*, *iguana*, *tabaco*, *ají*, *cazabe* o *cazabí*, *yuca*¹⁴⁸.

Es interesante que entre los primeros americanismos se encuentran algunas palabras traídas del oriente por los navegantes y usadas para designar cosas nuevas; del árabe tenemos *azagaya* (para un tipo de flecha), *almadía* (balsa) y *anta* o *danta*, de Africa *ñame* o *iñame*; de Polinesia *prao* (embarcación larga y angosta)¹⁴⁹.

Cuando ocurrió la conquista de México, ya estas palabras se habían fijado en el habla de los españoles, de modo que para los entes así nombrados no fue necesario tomar palabras de las lenguas de ese país. Sin embargo, fue necesario recurrir a voces nautatl para designar

¹⁴⁴ Wolfgang Pollak, *Pièges des vocabulaires allemand et français*, Viena, 1956.

¹⁴⁵ Cfr. Ernst Topitsch, *Anfang und Ende der Metaphysik*, Cap. Grundformen des Denkens im Mythos, Springer Verlag, Viena, 1958.

¹⁴⁶ Williams Entwistle, *The Spanish Language*, New York, 1942, p. 239.

¹⁴⁷ Louis Gray, *Foundations of Language*, Macmillan, New York, 1939, pp. 37 y 412. Este fenómeno no es sin paralelo. En el teatro hindú, el rey y los bramanes hablan sánscrito mientras los demás personajes se expresan en diversos dialectos populares; cada uno entiende a los demás, pero, al hablar, usa sólo su propia lengua, lo cual refleja probablemente las condiciones reales de la corte. En ciudades bilingües, hemos observado el mismo fenómeno, que a veces penetra incluso en el ámbito familiar.

¹⁴⁸ Vide. W. Entwistle, op. cit., p. 240.

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 241.

animales, plantas y objetos desconocidos en las islas: *tomate, aguacate, cacahuete, hule, nopal, ocelote, zopilote, sinsonte, quetzal, cacao, chocolate, jícara, tamale, mezcal, teocali, tiangue con sus tinajeras y tamemes, chinampas, galpón, petate*, etc.¹⁵⁰

La palabra *nagual* (basada en el nuaatl *naualli* brujo, y *nauallotl* magia negra) ha dado lugar en alemán al término *Nagualismus* que sirve para servir para designar la superstición en la cual se asocia el alma de los hombres con ciertas bestias¹⁵¹.

Del *quechua*, idioma del imperio incásico, se tomaron las siguientes palabras¹⁵² para designar las novedades más sobresalientes de la flora, fauna y paisaje suramericanos: *pampa, puna, mate, chacra, cóndor, puma, llama, alpaca, vicuña, vizcacha, quina, coca, china, guagua, yaraví, guano*, etc.¹⁵³.

El *tupi-guarani*, como puede verse de un golpe en cualquier mapa lingüístico, ocupaba grandes territorios al sur del Amazonas y al este del Paraguay. Ejerció gran influencia sobre el portugués¹⁵⁴ brasilero y se habla aún hoy día extensamente en el Paraguay. Los indigenismos procedentes de esa lengua que se encuentran en Argentina sirven para designar animales (*aí, capibara, coatí, tamandú, tucano, paca, ñandú, tapireté, jaguar o yagareté, agutí, urubú, urutaú, quincayú*) o plantas (*mandioca, tapioca, ipecacuana, ananas, caá, curare*)¹⁵⁵.

La lengua *mapuche* de los indios araucanos nos ha dejado las palabras *gaucho* y *poncho* así como muchas otras de uso puramente local¹⁵⁶.

En resumen, podemos decir que los indigenismos más generalizados proceden del arawak (o caribe?), del nuaatl y del quechua, y que su uso fue difundido e impuesto por los españoles más allá de las fronteras naturales de esas lenguas. En México, en el Perú y en la región de la Plata, muchos términos de las lenguas indígenas locales compiten con los anotados, pero su restricción geográfica los hace incomprensibles en otros lugares¹⁵⁷.

Para terminar este punto, citemos el comentario de Entwistle sobre el hecho de que estos “préstamos” lingüísticos han conservado una exactitud sorprendente: “Es indudable que las palabras han sido hispanizadas en la estructura y por medio de sufijos; pero en ningún caso han llegado a ser monstruosamente perversas como las inglesas y norteamericanas *wigwan, mugwump, chipmunk*, etc., que dejan a sus originales más allá de toda posibilidad de identificación. Eso lo debemos a varias circunstancias del esfuerzo colonizador de España. El patrocinio real hizo que gobernadores como Fernández de Oviedo investigaran exactamente los recursos de sus gobiernos y estudiosos como Pedro Martyr registraran los hechos con toda la ciencia filológica de entonces. Misioneros como Bartolomé de las Casas aprendieron y practicaron lenguas del Nuevo Mundo para convertir y proteger a las tribus indígenas, y no tuvieron empacho en hacer críticas lingüísticas así como de otro orden a los encargados del poder civil. Los soldados, que vinieron a combatir y a establecerse sin sus esposas, se unieron en abierta poligamia con mujeres indias y

¹⁵⁰ Ibid., pp.241-242.

¹⁵¹ Ibid., p. 242.

¹⁵² Dado que en ciertas regiones el quechua tuvo gran intercambio con el aimará, lengua de las tribus cola de Bolivia, no se puede distinguir en algunos casos si los indigenismos son de origen quechua o aimará.

¹⁵³ Vide William Entwistle, op. cit., p. 243.

¹⁵⁴ Vid. Infra.

¹⁵⁵ Vide W. Entwistle, op. cit., p. 244.

¹⁵⁶ Ibid.

¹⁵⁷ El buitre se llama zopilote en México, zamuro en Venezuela y urubú en La Plata. El quechua cara y el tupiguaraní abati compiten localmente con maíz, el tupí, ubá con canoa y oca con bohío, etc.

engendraron descendientes bilingües, sobre todo en territorio portugués; y aunque la supremacía de los blancos se mantuvo, especialmente después de la llegada de mujeres europeas, nunca hubo barreras raciales comparables a las de las regiones de habla inglesa”¹⁵⁸. Regresamos a nuestro Amado Alonso para considerar los cambios experimentados por el español de América en cuanto a la forma interna. Amado Alonso ve la base del español americano dentro de los americanos mismos, i. e., dentro de los primeros pobladores y sus descendientes criollos¹⁵⁹: a) en el cambio de actitud con respecto al uso del idioma manifestado en el triunfo del “intercourse” sobre “l’esprit de clocher”; b) en la novedad de experiencia que el contacto con el Nuevo Mundo les proporcionó, y c) en el cambio de ideales sociales e individuales producidos por la novedad de la vida. Ejemplifica este último punto con el cambio semántico de la palabra *don*, tratamiento que en España era privilegio de los caballeros no extensible a los hidalgos, mientras que en América se daba a los poderosos, por ejemplo a los encomenderos.

Descarta dos hipótesis: la de que en la base del español de América haya predominado una región especial de España (la andaluza), y la de que haya predominado una clase social especial (la plebeya)¹⁶⁰.

Pero, ¿dónde ve Amado Alonso lo más característico del español americano? “... con las mismas palabras españolas, y aun aparentemente significando los mismos objetos materiales, se revela en el idioma de los americanos una nueva visión de las cosas, con agrupación y clasificación de la naturaleza en clases desde puntos nuevos de interés vital”¹⁶¹. “En suma, la sociedad hispanoamericana se puso a funcionar de modo peculiar desde el día en que se constituyó, y ello determinó una peculiaridad paralela en el funcionamiento del idioma”¹⁶². “... en la colonia se estaba estructurando la sociedad según las naturales condiciones de vida, y... el idioma ceñía sus modalidades y sus cambios a las condiciones americanas”¹⁶³. “Al desplazarse y mudarse los centros de nuestro interés, todo el sistema léxico se va dislocando y reorganizando según el nuevo sentido íntimo”¹⁶⁴. “La acomodación de la lengua al ambiente nuevo y la partición, deslinde y ordenación de ese ambiente no son hechos sucesivos, ni siquiera superpuestos, sino un mismo acto espiritual, y... por consiguiente, estas variaciones de sentido no son puros actos mecánicos de acomodación, sino de creación”¹⁶⁵.

En indudable que Amado Alonso ve lo más característico del español americano en los cambios de la forma interna. Pero, ¿qué es eso de *forma interna del lenguaje*? Insistamos en este concepto fundamental porque es necesario que quede claro en la mente del lector y sabemos que no es un concepto muy difundido.

El creador o descubridor de este importantísimo concepto fue Wilhelm von Humboldt (1767-1835). *Innere Sprachform* (forma interna del lenguaje) significa que el lenguaje es ante

¹⁵⁸ Entwistle, op. cit., pp. 245-246.

¹⁵⁹ Deja de lado, por razones metodológicas, “el aporte indígena y la acción debida al encuentro del español con las lenguas indígenas y a los efectos del bilingüismo”, op. cit., p. 71. Para nosotros, en cambio, esta cuestión es fundamental, vide supra et infra.

¹⁶⁰ A. Alonso, op. cit., pp. 7-72, passim.

¹⁶¹ Ibid., p. 68.

¹⁶² Ibid., pp. 69-70.

¹⁶³ Ibid., p. 71.

¹⁶⁴ Ibid., p. 83.

¹⁶⁵ Ibid., p. 85.

todo un sistema categorial que nos presenta la realidad dividida en clases previamente establecidas y que ese sistema no es el producto de una actividad voluntaria, sino una emanación involuntaria del espíritu en la cual cada componente implica necesariamente la totalidad, y ésta condiciona la función misma del pensamiento¹⁶⁶. Este concepto se aplica al *lenguaje*, como prerrogativa del hombre, indicando que su modo propio de comprender y dar a comprender la realidad es por esencia categorial, y a las *lenguas*, como instituciones culturales históricamente condicionadas, indicando que en ellas la categorización asume formas particulares de deslindar, separar, agrupar, configurar.

“En la masa continua y amorfa que ofrecen la realidad y la experiencia”, dice Amado Alonso, “los hombres de cada idioma han ido rayando límites, destacando perfiles e imprimiendo formas, no según las cosas son (¿quién, Dios mío, sabe cómo es la realidad en sí misma), sino procediendo con su interés vital, con las experiencias acumuladas generación tras generación y con las fantasías y apetitos que en esa organización interna del idioma hallan se expresión colectiva”¹⁶⁷.

La forma interna del idioma se manifiesta en el vocabulario haciendo que no constituya una lista de palabras para inventariar un conjunto de cosas pre-existentes, sino una estructura dinámica en la cual los vocablos están agrupados significativamente en torno a centros de valoración que, en su jerarquizada totalidad, forman el tejido unitario que filtra para cada cultura su mundo peculiar. Se manifiesta también en la gramática determinando voces, números, tiempos, personas, modos, ires y venires sintácticos de acuerdo con un complicado pero consecuente esquema general que rige incluso las líneas evolutivas y al cual se ha llamado, un poco míticamente, *genio* del idioma en atención a su carácter orgánico y móvilmente unitario.

En el admirable estudio titulado “Americanismo en la forma interior del lenguaje”¹⁶⁸, Amado Alonso expone dos casos que ilustran este punto al par que informan ejemplarmente sobre los cambios del español en América. Veámoslos sucintamente.

Los paisanos ante la vegetación de la pampa. Los *paisanos* argentinos (campesinos ganaderos), para designar las diferentes especies vegetales, usan sólo cuatro términos categoriales: *pasto*, *cardos*, *paja*, *yuyos*. *Pasto* es la hierba destinada a la alimentación del ganado en el mismo terreno donde se cría, o que, aun estando en otros sitios, como jardines, calles o muros arruinados, pudiera destinarse a ese fin. *Paja* es una vegetación áspera, propia de terreno anegadizo, inútil para el pastoreo; sólo a falta de *pasto* y cuando está muy verde y tierna es despuntada por el ganado. *Yuyos* son las especies vegetales totalmente inútiles y hasta dañinas para la alimentación del ganado. *Cardos* son las hierbas en que se ensilan para forraje como alimento de reserva en época de sequía.

Estos cuatro términos se usan en el español general con otra extensión y dentro de agrupaciones semánticas diferentes. “...cada uno de estos cuatro conceptos (en el hablar, valores) está deslindado por los otros del sistema con una perspectiva unitaria: la de una economía ganadera. Este punto unitario de subordinación, que es lo que constituye la *forma interior del lenguaje*, ha ido desplazando progresivamente las significaciones de esas cuatro

¹⁶⁶ Wilhel von Humboldt *Gesammelte Schriften im 17 Bänden*-Preussische Akademie der Wissenschaften, Berlin, 1903-1935. Tomo IV: *Über das vergleichende Sprachstudium in Beziehung auf die verschiedenen Epochen der Sprachentwicklung*, passim; *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues* passim.

¹⁶⁷ Amado Alonso, op. cit., p. 75.

¹⁶⁸ *Ibid.*, pp. 73-101.

palabras encajándolas y armándolas en maquinaria nueva”¹⁶⁹. “Estos cuatro nombres no son, ni mucho menos, cuatro rótulos que el hombre de la Pampa ha puesto a cuatro objetos genéricos que ya estaban ahí, esperando no más su bautismo; son los géneros mismos los creados, conformados y deslindados con un nuevo principio de subordinación, con una nueva forma interior de lenguaje, que es el valor de los vegetales respecto al peculiar trabajo del ganadero pampeano.

... El pampeano mira la naturaleza vegetal con ojo estrictamente económico, con la característica de que sus valoraciones económicas se refieren sistemáticamente al ganado”¹⁷⁰.

En contraste con esta actitud del pampeano, los serranos de Córdoba, para quienes la vegetación espontánea no tiene valor económico sino afectivo, dan a las flores y arbustos nombres cariñosos y poéticos; *flor del aire, pasionaria, alelí del campo, cuna el Niño Jesús, flor de seda, jazmín del cielo, trébol de olor*, etc., etc. Para el peón gauchesco, todas son flores o florcitas. *Los paisanos y sus caballos*. Intrigado por no oír la palabra *caballo* en una región donde abunda ese animal, Amado Alonso observó que los paisanos usaban nombres diferentes en los cuales estaba consignado qué pelaje tenía el caballo en cada caso. Comprobó el mismo fenómeno en los autores de temas gauchescos, y, refiriéndose al *Glosario gauchesco de voces ganaderas*, recogido por el doctor Bartolomé J. Ronco, nos informa que éste ha reunido dos centenares de nombres de pelajes¹⁷¹.

De esos nombres, algunos son los mismos de la península conservados por la tradición y frecuentemente especializados en su significado: *bayo, obero, alazán, zaino, tordillo, moro, roano, cebruno, plateado, doradillo, lobuno, entrepelado, negro, blanco, sabino, nevado, mosqueando, atigrado, tismado, crespo*, etc.; otros son nominaciones dadas por los argentinos a partir de palabras de la misma lengua española, adaptadas semánticamente a los nuevos objetos: *picazo, gargantilla, lunareja, testerilla, gateando, blanco porcelana, gateando goma, huevo de pato, malacara, malacara cruzado*, etc., con indigenismos: *pangaré yaguané, pampa, aporotado*...; algunos tienen origen anecdótico, como el *tubiano o tobiano* derivado quizás de algún Tobías legendario que prefirió ese pelaje a otros¹⁷².

Comentando esta polionimia, dice Amado Alonso que también aquí el paisano de la Pampa “tiene un punto de vista unitario, una forma interior del lenguaje, un modo de interés distinto del que nos ha demostrado respecto a los vegetales: y es uno estético fomentado por la aficción”¹⁷³.

Refiriéndose a la portentosa memoria del gaucho, celebrada por Sarmiento en *Facundo*¹⁷⁴, memoria que le permite poseer los símbolos conceptuales correspondientes a los nombres de pelajes, Alonso se apoya en la moderna filosofía de los símbolos para decir que “sólo cuando el pelaje individual de un caballo ha sido referido por el gaucho a un tipo idiomático conceptual (éste es *un zaino, un porcelana*, etc.), es cuando se lo tiene reducido a unidad, ganada para la experiencia y para la economía del pensamiento y de la memoria. Y entonces es cuando puede con entera certeza ver y recordar qué detalles peculiares tiene aquel caballo individual como arbitrariedades inscritas en un orden. ...Y si el paisano no necesita

¹⁶⁹ Ibid., p. 82.

¹⁷⁰ Ibid., pp. 83-84.

¹⁷¹ Ibid.

¹⁷² Ibid., pp. 95-96

¹⁷³ Ibid., p. 98.

¹⁷⁴ Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo, Originalidad y caracteres argentinos*, cap. II.

del nombre de un pelaje para verlo perfectamente en presencia de un caballo, sí lo necesita para verlo perfectamente con esa construcción (malacara cruzado, por ejemplo), pues el nombre, el símbolo, supone forma o visión formal del objeto, y lo necesita para poder reproducir a voluntad fantásticamente la representación del caballo ausente, y, sobre todo, para poder provocarla en el interlocutor”¹⁷⁵.

La riqueza verbal, heredada al aprender la lengua materna, equivale a riqueza mental, en el sentido de una mayor potencia para diferenciar e identificar los objetos: “esta riqueza se disfruta sin necesidad de verificar el repertorio: en estando éste en la cabeza, la aparición aislada de un nombre de pelaje la exhibe entera, porque, por la forma interior del lenguaje, cada nombre forma su objeto en atención a los otros, cada nombre designa un objeto cuyos límites y condiciones están fijados por los de los otros objetos. O lo que es lo mismo: cada significación vale en su referencia a las otras significaciones”¹⁷⁶.

En nuestro afán por familiarizar al lector con el concepto de *forma interna del lenguaje*, creemos oportuno hacer una última cita de Amado Alonso, donde este egregio filólogo nos revela su profundo sentido lingüístico, su calara comprensión de lo que la lengua materna significa para la *Weltanschauung* de un pueblo y para las direcciones que éste toma cuando se embarca en empresas de reflexión sistemática. Alonso recuerda los trabajos en que Julius Stenzel ha demostrado la poderosa influencia de la lengua griega sobre la filosofía griega, y comenta luego la teoría de Pfänder sobre la morfología de los conceptos (*Lógica*, parte II), en los siguientes términos: “(la teoría de Pfänder) es seguramente una conquista de la escuela fenomenológica; pero no hubiera sido posible si su idioma (el alemán) no le hubiera dado ya al autor configuradas convencionalmente configuradas las formas de pensamiento que los tratados de nuestras gramáticas llaman sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio, preposición y conjunción. (No digo si no hubiera dispuesto de las teorías gramaticales corrientes, que son despistadoras, sino de las formas mentales correspondientes que hasta los analfabetos viven). Esa teoría lógica no ha podido nacer más que de una cabeza que, con la lengua materna, haya adquirido el hábito de pensar con determinados módulos que uno cree *naturales*; pero un chino, un bantú, un araucano, uno de lengua no indoeuropea, no hubiera podido nunca concebirla, porque en el modo de pensar de su lengua materna, que él también cree *natural*, lo más natural del mundo, no se cumple tal sistema morfológico de los conceptos, sobre todo en lo que se refiere a las subespecies de conceptos adyacentes”¹⁷⁷.

Hacemos esta última cita con doble pesadumbre: nos duele no haber tenido la fortuna de estudiar bajo la dirección personal de tan egregio pensador y nos duele el tener que afirmar que Amado Alonso, a pesar de disponer de todas las herramientas intelectuales necesarias, no logró comprender la extraña posición del español de América, tan estrechamente ligada, como veremos, al puesto de América Latina en el mundo. Le faltó, en nuestra opinión, algo que no dependía de él: ser americano.

¹⁷⁵ A. Alonso, op. cit., pp. 95-96.

¹⁷⁶ Ibid., pp. 97-98.

¹⁷⁷ Ibid., p. 99 vide supra, Clasificación de las Lenguas.